

ADIOS A LAS LETRAS

Escritores intolerables

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

Los escritores viven como putas, siempre bajo la tolerancia. La frase, intolerable para las putas, fue pronunciada por José Agustín Goytisolo sirviéndose de la tolerancia del PSOE, que le permitió hablar como intelectual independiente en el congreso cultural del partido.

Los historiadores, en cambio, viven como ministros, comentaría Ricardo de la Cierva, empezando a calentar su sillón del palacio de la Moncloa. "Moncloa", a secas, dice el presidente Suárez cuando va al extranjero.

Ahora, con Ricardo de la Cierva en la poltrona, aconsejándole a Adolfo Suárez si debe ver "Historia de O" o "Tigres de papel", si ha de ir al teatro acompañado de su esposa o de Abril Martorell, si ha de leer a Jorge Semprún o a Angel Palomino, a Pío Cabanillas sólo le queda aconsejar sobre los nombramientos de delegados provinciales de Cultura.

Tiene la tarea fácil, la verdad. Podría guiarse por la lista de los que asistieron al acto de constitución del Pen Club español —"¿español, del Estado español, castellano? ¿Cómo lo llamamos?"—, aunque yo no me imagino a José Manuel Caballero Bonald, con esa seriedad vertical y andaluza, presidiendo una junta provincial de residuos de ojos locales. Tampoco me imagino a José Esteban abandonando sus tareas de flamante tesorero del Pen, para poner en orden la cultura en Segovia, pongo por caso. Rosa Chacel, que es la única mujer de la directiva, tampoco parece como muy apropiada para aceptar uno de esos puestos que ha de repartir Pío.

Quien ha perdido el puesto es José Agustín Goytisolo. Un hombre que se ha enfrentado de ese modo con las putas no merece una delegación de nada. Ahora

debía venir la venganza de los marginados. Me imagino, con gozo, a las putas poniendo la oración en pasiva y diciendo que ellas en realidad viven como escritores.

En medio de esta danza de locuras, hubo recientemente en Madrid un viaje al pasado que, a pesar de la edad, resultó liviano y fresco. Rafael Alberti, Nuria Espert, José Caballero y José Luis Pellicena subrayaron los cincuenta años del "Romancero gitano" de Federico García Lorca. Nuria recita a Federico como si no hubieran pasado esos años. Y Alberti dibuja el romancero como si no hubiera pasado por la Cámara de los Diputados vigilándole el marcapasos a Dolores Ibárruri. "¡Qué raro que me llame Rafael!", cuentan que decía el marinero en tierra sentado en su escaño, mientras duró allí. Por eso se marchó, antes de que lo enviaran a investigar cualquier cárcel de Granada.

Que no voy a Granada, decía Alberti. Que no vuelvo al PC, repetía Claudín en un local lleno de humo e ideas, presentando el recuento de sus problemas con Santiago Carrillo. "Sólo una vez contradijimos al secretario general", recuerda con nostalgia esta especie de franciscano comunista, que miraba incrédulo hacia los vasos de papel que agarraban en sus manos, más nerviosos que un polisario, Luis Yáñez y Javier Solana, los dos diputados del PSOE que le fueron a tirar los tejos.

Cuando Jorge Semprún presentó su "Federico Sánchez" fue Alfonso Guerra quien acudió a cortejar al ex PC. Esta vez el cortejo se hizo a dúo, pero parece que Fernando Claudín no tiene intención de volver a iniciar ningún diario de una nueva divergencia. Se queda viviendo como un escritor, aprovechándose de la tolerancia a la que, según Goytisolo, está condenado todo el que usa la pluma. ■ SILVESTRE CODAC.